VIII

STUART MERRILL

El poeta de los *Fastos* y de las *Gamas* podría decir, lo mismo que el prosador de *Ebriedad verbal:* « Las palabras me han proporcionado goces tal vez más numerosos y más decisivos que las ideas; goces en ocasiones posternantes, como los del boer que, apacentando su rebaño, encontrara una esmeralda cuya sonrisa verde sobresaliese entre las piedras del camino, — goces infantiles también, cual los de una niña que juega con los diamantes de su madre y cual los de un loco que se embriaga al oir los sonidos de los hierros encerrados en su caja; — porque la idea es una imagen y la palabra es una palabra ». — También podría agregar: « Las voces que más me gustan, son aquellas que tienen algo de luz, algo de niebla y algo de vida. »

En efecto, Merrill ha heredado de sus abuelos los parnasianos, el amor fanático de las palabras sonoras y de las frases artísticas. Según él, las sílabas que forman una línea no son bellas por la idea que representan ó por la imagen que evocan, sino por la vibración individual que las letras de que se componen hacen brotar al enlazarse entre sí ó al chocar unas con otras. Así, sus estrofas son, como la enamorada del poeta clásico, hermosas y frías. En ellas

casi no hay emoción, casi no hay alma, casi no hay pensamiento, pero en cambio hay luz, color y harmonía. Á veces parecen mosaicos cuyas figuras majestuosas representan imágenes vagas, y á veces tienen algo de esas tapicerías sobre las cuales los seres legendarios viven, en silencio, sus vidas hieráticas. Siempre son perfectas.

* * *

« En cascos de cristal de azur, las bailarinas, — cuyos pasos medidos por las cuerdas de los kinores, — suenan bajo los tejidos de tules cubiertos de oro — y lo llenan todo con sus ojos pálidos de *paladinas*. — Cabelleras bien peinadas, — labios encarnados; — brazos llenos de brazaletes bárbaros; en vuelos — que tienden hacia la luz lunar de las decoraciones, — ellas murmuran en malévolos cuchicheos: « Nosotras somos, ¡oh mortales! bailarinas del Deseo, — Salomés, cuyos cuerpos retorcidos por el placer, — atraen vuestras horas de amor hacia nuestros perversos arcanos. — Posternaos y celebradnos estas noches, — porque, surgiendo en auroras de incensasarios, — sobre nuestros címbalos haremos sonar vuestros cráneos. »

Estos versos parecerían enteramente parnasianos, á no ser porque en ellos se nota un soplo ligero de inquietud misteriosa que da á las formas conocidas cierto aspecto de novedad extraña. Y lo mismo que de éstos, podría decirse de casi todos los demás versos de Merrill. Leed los *Héroes*, la *Sombra*, el

Palacio desierto, la *Cabalgata* y el *Ídolo;* leedlos con despacio y reflexionad en seguida. La impresión que la forma producirá en vosotros, será exquisita y pasajera; los hemistiquios sonarán algún tiempo en vuestros oídos con ritmos deliciosos, y durante varios instantes vuestra retina conservará el recuerdo de los caballeros soberbios y de las ninfas encantadas que atraviesan las estrofas al compás de una marcha sonora... Luego, cuando el eco se apague y las visiones se desvanezcan, ¿qué podréis guardar en memoria del poeta?... Nada; ni una lágrima, ni una sonrisa, ni siquiera la sombra de un estremecimiento...

***

Las únicas ocasiones en que Merrill consigue producir sacudimientos en el alma del lector, es cuando, en vez de describir los mirajes del ensueño propio, se consagra á dar forma rápida á los panoramas de otros poetas. — Sus dos sonetos wagnerianos, *Parsifal* y la *Cabalgata de las walkirias*, son tan bellos por la esencia como por la forma. En ambos hay más que aliteraciones sabias y más que choques de rimas de oro; en ambos hay sensación de cosas que están más allá de las palabras, y de las cuales el verso solo puede dar una idea lejana.

He aquí *Parsifal:*

« ¡Gloria al loco Parsifal, guardián del Santo Grial
— y rey de Montsalvá, tres veces gloria y victoria! »
— Y lentamente, la aleluya resuena por el oratorio

— en un sonoro vuelo hacia el trono ideal. — De rodillas, en el suelo de mármol, Parsifal — adora, en coraza de oro, héroe virgen de historia, — el rubí que brilla (¡oh signo expiatorio!) — en las pálidas paredes del Vaso de cristal. — De la bóveda en donde duermen ecos de órgano y de salmos, — una paloma, entre nimbos de altos reinos, — cae, en su vuelo abierto, sobre el casco del rey. — ¡Sombra!... Pero una vidriera refleja su púrpura en las estolas — de los caballeros enternecidos por la emoción. — Y ¡oh! entonces se oyen cítaras... »

¿No es verdad que estos catorce versos contienen toda el alma de Parsifal? — Yo, al menos, creo ver en ellos la imagen mística é inefable del héroe que supo vivir intensamente no contemplando sino la mancha encarnada de la sangre de Cristo en el fondo de la Copa santa.

***

Para concluír, diré que Merrill, como poeta, no está de acuerdo con Merrill como doctrinario, y que si el primero hace generalmente versos fríos y hermosos, el segundo no deja nunca de predicar la emoción y la fe. Su próximo libro, según él lo asegura, ha de ser menos decorativo y mas apasionado que los dos primeros.

IX

MAURICE MÆTERLINCK

Los hombres de buen sentido le consideran como un charlatán impertinente, y los críticos alienistas buscan en sus versos el signo de la locura literaria. Max Nordau, que es al mismo tiempo un hermano de Sarcey y un compañero de Lombroso, dice lo siguiente á propósito de *Serres chaudes*: « Esta sucesión de palabras idiotas es curiosa para el psicólogo, porque le permite reconocer con claridad instructiva lo que sucede en un cerebro trastornado. La conciencia ya no elabora una idea fundamental. Las representaciones surgen tales cuales una asociación de ideas puramente mecánica las evoca. Ninguna inteligencia trata de poner en orden el tumulto de imágenes que van y vienen, para separar las que no están unidas racionalmente entre sí, para suprimir las que se contradicen y para ligar de un modo lógico, en serie unitaria, las que son de la misma familia... »

Los jóvenes, en cambio, le adoran y aseguran, con gravedad ingenua, que sus obras son superiores á las obras de Shakespeare.

Probar que los primeros se equivocan tanto como los segundos, no sería nada difícil; mas yo prefiero creer que todos tienen razón, y que las hipérboles de

sus juicios contradictorios no son sino el resultado natural de dos puntos de vista exageradamente opuestos.

En efecto: desde el mirador ideológico de la razón práctica, el mundo en que se agitan los seres creados por Mæterlinck, aparece como la inmensa llanura de los locos, de los borrachos, de los desesperados y de los enfermos. — Ved sus poemas con las antiparras del Sentido Común, y todo en ellos os chocará. Las frases, las imágenes y aun las palabras os parecerán poco elegantes ó poco puras. Las ideas y las visiones, llegarán á causaros vértigos por lo imprevistas y sueño por lo monótonas. Si tenéis buen carácter, el libro os dará risa, y si sois irrascibles os pondrá nervioso.

Pero cambiad de punto de vista. Olvidad las lecciones del señor maestro de retórica; no penséis en las herencias clásicas; salid de vuestras casas burguesas, y pedidles permiso á los adolescentes revolucionarios para asomaros un instante á las ventanas de sus castillos ideales. Desde allí todas las obras de Mæterlinck parecen bellas, majestuosas, geniales. — Ved: primero se presenta la divina Maleina, que viene huyendo de la tiranía paternal, en compañía de su nodriza; luego pasan los ciegos, en caravana, hacia la fuente de la Salud; detrás de ellos van los reyes asesinos mostrando las manos ensangrentadas; en seguida, las siete infantas se muestran en las almenas del castillo; por último, Peleas y Melisanda atraviesan la ruta del Amor en busca de la Muerte... Y esas sombras, que viven lejos del mundo, lejos

del espacio, llevan siempre, en los labios, una sonrisa, un juramento, una maldición, un beso, un quejido, algo, en fin, que es á veces ternura y á veces cólera, pero que nunca es aburrimiento.

***

... Yo las he visto desfilar, unas detrás de otras, — á esas sombras queridas, — y siempre me han dejado en el alma una impresión de poesía inefable. Á las primeras las contemplé cuando todo lo raro me parecía bello; á las últimas las miré después de haber leído á Renán. Hoy que las llamo por segunda vez para saber si sus figuras conservan aún, en mi memoria, sus esplendores legendarios, me convenzo de que ninguna de ellas tiene ya los colores de antaño. En vez de aparecerme como seres robustos, se me presentan como personajes intangibles. Más que símbolos de los Sentimientos y de las Ideas, se me figuran representaciones de ensueños vagos. El mundo en que mis recuerdos las encierra ahora, no es un planeta grandioso de vida eterna, sino un delicado país de tapicería antigua. Entre ellas hay algunas que me conmueven con sus dolores y muchas que me seducen con sus actitudes; pero no hay una sola que me preocupe profundamente. Á todas les digo: « Vuestros rostros tienen el encanto inefable de la vida ideal. Vuestras miradas son reflejos de amatistas fabulosas ó de esmeraldas inverosímiles. Vuestra sonrisa es ingenua y ardiente, porque sirve para acentuar la significación de vuestras palabras. El hada que os hizo nacer en ese mundo de cantares

en que ahora os veo, fué una madrina poderosa y espléndida que supo proporcionaros, al mismo tiempo, la belleza exterior y la hermosura espiritual. Gracias á ella, no sólo sois las más exquisitas creaturas de un cuento azul, sino que también llegáis á parecer, en ciertos casos, los héroes de un tragedia conmovedora. Vuestra sangre no tiene el olor penetrante de la sangre humana, mas en cambio es muy roja y, al caer sobre las vestiduras virginales, causa el efecto de crímenes fantásticos... Seguid por vuestra ruta florida, sombras encantadoras; no hagáis caso de los hombres serios que os hablan de sentido común, y dejad que los adolescentes se pasmen ante vuestro esplendor místico... »

***

Luego he tratado de hacer entre ellas una selección, para no poner en mi museo ideal sino á la más hermosa de todas. Melisanda me pareció, al principio, digna de un marco de oro, y la hija del rey me hizo luego pensar en la dicha de poseerla exclusivamente; pero ninguna me sedujo, al fin, tanto como la princesa Maleína.

He aquí su historia :

Hjalmar es el heredero del emperador Hjalmar, y Maleína es la primogénita del rey Marcelo. Los dos monarcas piensan un día en lo grande que sería un dominio compuesto de todas sus tierras, y se deciden á unir á su vástagos con una cadena nupcial. Las fiestas comienzan. Todo va á pedir de boca. Los cortesanos hablan ya del próximo matrimonio. Las

campanas de la ciudad no esperan sino una orden, para entonar los epitalamios de bronce. Hjalmar y Marcello comienzan á creerse abuelos de los mismos nietos, y sus labios sonríen ante el miraje del porvenir. — De pronto una disputa estalla entre ellos. El primero encierra á su hija en una torre; el segundo reúne á sus soldados y abre las puertas de su templo jánico.

La guerra es sanguinaria. Hjalmar triunfa, mata á su enemigo y regresa á su reino, entristecido por la muerte de sus ilusiones. Ana le consuela.

Ana es una princesa sin Estados, que se refugia en el país de Hjalmar para seducirle, y que, después de conseguir su objeto, trata de casar á su hija Ugliana con el heredero del reino en donde vive.

Maleína aparece, al fin, en compañía de una buena mujer que la salva del despotismo paternal. Viene triste y pobre; viene con un traje de huérfana; viene en busca de su prometido. Ugliana la recibe bien sin saber quién es, y la nombra camarera suya.

Al principio Maleína no dice nada sobre su propio origen; pero cuando averigua que el rey trata de casar á su hijo con Ugliana, se hecha á llorar y lo cuenta todo.

Los dos príncipes vuelven á ser dos novios ideales. Las nupcias se pregonan de nuevo. El pueblo se muestra satisfecho, y ningún cortesano se queja. Sólo Ana, que ve defraudadas las esperanzas de Ugliana, jura vengarse, y hace, por medio de filtros diabólicos, que el mismo rey asesine á la novia de su hijo.

La sangre de Maleína cae sobre el reino como una maldición eterna. El rey se vuelve loco un instante después de cometer su crimen; Ana muere violentamente; el príncipe se suicida. Un cometa maléfico ilumina, desde el cielo, la hecatombe. En el espacio resuena el miserere de la venganza divina. La llanura se convierte en una inmensa sábana de púrpura. Las torres del castillo se desploman, y los árboles agonizan. — El dominio aparece, al fin, como una necrópolis fantástica en la cual sólo se ve la imagen siniestra de Hjalmar que tiembla bajo la máscara de la locura, y que señala, con el dedo, la eterna desolación de su Porvenir supremo.

X

HENRI BERENGER

Henri Berenger es un hijo literario de Coppée y un descendiente espiritual de Sully-Prud'homme. Del primero ha heredado el cariño por París, la curiosidad de la vida y la ternura ante el sufrimiento. Del segundo recibió, como regalo precioso, la preocupación filosófica, la austeridad intelectual y el amor de la ciencia. — Lo único que ninguno de los dos maestros pudo darle, fué el genio poético.

Y es una lástima, porque con genio verdadero, el autor de *L'Ame moderne* podría ser el mejor de los apóstoles contemporáneos y el más interesante de

los cantores parisienses. En sus versos se nota, desde luego, un deseo de ser « sencillamente grandioso », que enternece y que apena. Nada hay, en ellos, de arte exquisito, pero en cambio hay mucho de elocuencia sincera.

***

Entremos en el mundo de sus creaciones. El paisaje es humilde y casi vulgar. Parece un cuadro de Raffaelli. Á un lado edificios enormes, silenciosos y brutales; al otro, árboles de jardín público junto á cuyos troncos hay bancos pintados de verde para que los seres humanos descansen después del trabajo. Entre los árboles y los edificios, un río glauco: el Sena. — Poca belleza.

El poeta, sin embargo, adora ese panorama y lo describe prolijamente en estrofas correctas. Los escenarios, por lo demás, le importan, en general, menos que la escena misma. Para él, París sólo tiene interés á causa de sus miserias íntimas y de sus grandezas secretas. Así, después de haber pintado el « rostro » de la Ciudad, se vuelve hacia los jóvenes que hoy la habitan, y exclama:

« ¿Qué mundo es ese que ha surgido en algunos meses — de una ciudad que levanta, entre los vapores de la tarde, — su fila de contornos inmóviles y negros — en el fondo ordinario de la bruma rojiza? »

El renacimiento patriótico de cierta parte de la juventud francesa, es uno de sus temas favoritos. Él ha inventado la letanía nueva, y ha dicho que el espíritu hoy dominante en las ciencias, parece Torre de acero, Rosa intelectual, Puerta hospitalaria, Vaso reconfortante y Estrella conductora...

***

Su optimismo es inquebrantable. Cuando los poetas nuevos se muestran poco juiciosos, él no se escandaliza, sino que sonríe. En lo que los demás ven un desaliento ó una agitación propia de espíritus de decadencia, él descubre un signo de inquietud bienhechora. — Á los energúmenos les dice:

« ¿Acaso vosotros no simbolizáis — la fiebre de una vida incierta, y el vuelo — exasperado, de un siglo en el cual hasta los rieles parecen lentos? »

Sus imágenes no tienen nunca gran brillo. Su vista no busca alegorías en el cuadro de la leyenda. Su voz no trata de vibrar con sonidos extraños. — Los puntos de comparación que la vida diaria le ofrece y los símbolos que nacen en su cerebro sin esfuerzo ninguno, le bastan para dar relieve al fondo de sus versículos. Él suele decir, en sus poemas: « Anoche pasé varias horas en el puente San Miguel », ó bien: « Las linternas rojas de los ómnibus me miran á lo lejos », porque el aspecto exterior de las cosas sólo le parece digno de ser pintado de un modo natural, sin arabescos, si adornos y sin mentiras retóricas.

No así las Ideas, para las cuales reserva todas sus metáforas y todos sus entusiasmos. Oídlo, por ejemplo, saludando con verdadero « acento de oda » lo que hoy se llama en París democracia sentimental:

« ¡Ah! Por fin me es dado poder vibrar con mi raza — y decirle palabras que nos pondrán de acuerdo. — Ya puedo ser el poeta con la multitud, — porque los de mi raza tienen la fe que yo abrazo! »

*
* *

... Los amigos de Berenger dicen que en *L'Ame moderne* todo es sincero; todo, hasta los siguientes versos:

« ... Prefiero el grito de las locomotoras — al refrán vago y vano que viene de un campanario. »

Y como dudar de la sinceridad de un literato es siempre pecado imperdonable, yo creo firmemente en lo que me aseguran los amigos de Berenger. En el fondo, eso de pasmarse ante la belleza del « carro del progreso » no tiene nada de extraño. Los hombres políticos lo hacen á cado momento y nadie les censura. Lo extraño es que alguien se atreva á decir, en verso, que las máquinas de los ferrocarriles son dignas de amor ó de respeto... Y después de todo, ¡quién sabe! Tal vez diciéndolo de un modo genial, hasta eso sería bello... Pero Berenger no tiene genio... Es lo único que no tiene.

XI

LAURENT TAILHADE

Laurent Tailhade, ó sea « Lorenzo el Magnífico » como dice Maurras, es uno de los poetas más vi-

brantes, más fastuosos y más puros de la joven generación francesa. En sus versos hay luminosidades y coloraciones que hacen pensar en el efecto de una vidriera gótica bañada por el sol de Oriente. Los críticos modernos le consideran como un pagano místico, porque creen ver en sus obras algo de carnal y algo de evangélico, algo de perverso y algo de ingenio, algo, en fin, que es al mismo tiempo espasmo diabólico, ruego infantil, bendición cristiana y caricia libertina. El mundo de sus visiones no es muy amplio, pero es encantador. Parece un paisaje de Fra'Angélico, poblado de faunos y de ninfas. Los horizontes son vagos, etéreos, espirituales, casi invisibles. En el fondo hay un templo lleno de reliquias, de amuletos, de sacerdotes, de niñas vírgenes, de pecadoras arrepentidas, de imágenes pesadas, de vasos de oro, de telas antiguas, de mosaicos primitivos y de joyas refinadas. El poeta, coronado de pámpanos y vestido de dalmática, canta, arrodillado, su canción mística:

« En el nimbo transparente de las vírgenes bizantinas, — bajo la aureola y el alba de paños ricos, — en donde se irisan los claros céfiros del Labrador, — yo quiero aprisionar vuestras gracias infantiles. — ¡Vasos mirrinos; trípticos de Cumas ó de Endor! — ¡Altar mayor cubierto de rosas de maitines! — ¡Copa lustral de ebriedades libertinas! — Vuestros ojos son un cielo tranquilo en el cual duerme el deseo. — ¡Lirios, lirios, lirios! ¡Palideces inhumanas! — ¡Lino de manteles sagrados! ¡Corazón de fríos catecúme-

nos! — ¡Hostia inviolable ofrecida á nuestras esperanzas! — Mi amor ante vosotras se prosterna y admira — y se evapora en el incienso de los incensarios — en un perfume de nardo, de azucena y de mirra! »

*
* *

La mezcla de elementos paganos y católicos es tan perfecta en la obra de Laurent Tailhade, que casi sería imposible decir, á punto fijo, de dónde ha salido cada una de sus imágenes. Según algunos, su lirismo procede de Baudelaire, su perversidad de Verlaine, su filosofía de Vigny y su grandeza de Leconte de l'Isle. ¿Será cierto? Tal vez sí. Pero, en todo caso, aun queda, en *Vitraux* y en *Sur champ d'or*, algo que no es de ninguno de los cinco maestros citados. Ese algo es la inquietud individual, el amor de si mismo y la adoración del propio « yo ». Como egotista, en efecto, nadie le gana á Tailhade, ni aun los filósofos barresianos, pues mientras éstos gastan en enseñar á la humanidad el medio de cultivarse, la mitad del tiempo que lógicamente sólo pertenece á sus « individuos », Tailhade se burla del mundo, y dice: « Soy un artista, un espectador indiferente á las exterioridades y que rara vez se divierte con la vida. De la anarquía tomo, por una parte, lo que me entretiene y por otra lo que favorece mis teorías poéticas y egoístas. El medio de hacer la dicha de los hombres me importa poco; y os aseguro que las tristezas, las penas, las preocupaciones de mi zapatero no me llegan al alma. — Veo el mundo desde

arriba, como un caballero que ve la calle desde su balcón. Desprecio al pueblo, desprecio las revoluciones y desprecio á la sociedad... » Naturalmente algunos escoliastas de la prensa diaria han encontrado, en tales frases, un programa filosófico peligroso, y han asegurado que el autor de *Vitraux* es uno de los más terribles escépticos de nuestro tiempo; pero eso consiste en que no han querido comprender bien su declaración. En el fondo, Tailhade no tiene nada de « desdeñoso » en el verdadero sentido de la palabra. Más que un heredero de Pirrón, parece un discípulo de san Francisco. Para él, despreciar la vida es despreciar lo vulgar, lo necio y lo que está fuera de su propia alma, es decir, lo que en realidad no es « vida » desde su punto de vista. Su « individuo » misterioso, en cambio, le preocupa y le apasiona extraordinariamente, porque para él solo su individuo existe.

*
* *

Ahora bien — preguntará alguien — y ese « individuo » ¿vive solo? — No. Tiene novias que son creaciones de la leyenda y amigos que son hijos del ensueño. Para hablar con ellos, se aleja de los hombres, pero no desaparece; en sus palabras vibra siempre un eco de voluptuosidad humana, que produce impresión de vida. Para recibirlos, escoge santuarios luminosos que exhalan perfume de intimidad. Cuando algo le parece bello, él trata de fundirlo en su esencia interna y de convertirlo en parte de su naturaleza, para poderlo adorar sin alejarse de su

propio « yo ». Los adornos mismos, que á otros artistas sólo les sirven como decoraciones, en los poemas de Tailhade se convierten en sentimiento inseparable de la idea. La sencillez pagana y la pompa eclesiástica logran vivir en su obra sin desequilibrio, porque el artista sabe mezclarlas y aun confundirlas, gracias á la absorción poderosa y sacrílega de su « individuo ».

Para terminar, citaré un soneto en el cual hay algo de gracia mística, algo de perversidad voluptuosa y mucho de melancolía personal, un soneto, en fin, que compendia toda la obra lírica de Tailhade:

« Tu cuello surge del seno como una torre de marfil — ¡Oh efebo!; los bucles obscuros de tus cabellos, — flotan sobre tu palidez, líquidos y más azules — que la noche de ojos de oro con su traje de seda. — Entre las vestiduras negras, tus flancos puros y nerviosos, — de los mármoles consagrados eternizan la gloria; — y tu boca sangrienta es la tibia píxide — en donde revive el perfume de las cremas fabulosas. — Empero, tu lindo cuerpo de líneas rítmicas — no calmará nunca el amor de las prometidas; — tus grandes ojos, semejantes á gotas de mar, — no bajarán nunca de sus cielos poéticos — en los cuales sueñan, fraternalmente, los efebos antiguos — con Narciso, gran corazón que murió de amarse. »

XII

CAMILLE MAUCLAIR

Lo mismo que Laurent Tailhade, Camille Mauclair me parece, literariamente, un egoísta. Entre ambos, sin embargo, hay una gran diferencia, y es que mientras el primero subordina su « yo » á los efectos exteriores, el segundo arregla las partes asimilables del pensamiento ajeno según sus necesidades ideológicas. Esto debe de parecer algo metafísico dicho así, pero en el fondo es una observación muy sencilla y que puede aclararse por medio de dos ejemplos. — Tailhade contempla la vida, según él mismo lo asegura, como un hombre que contempla la calle desde una ventana. Las ideas pasan ante él de un modo rápido, y sólo le dejan en la retina visiones de trajes ó de rasgos esenciales. Cuando una idea le llama poderosamente la atención, él se fija en ella, la examina hasta donde alcanza su vista, la sigue, la exalta, y le entrega su alma; cuando, al contrario, algo le parece odioso á la primera ojeada, no se preocupa de sus cualidades exteriores, sino que, desde luego, trata de ahuyentarlo con el látigo de la sátira. Así, su alma lírica y egoísta no conoce más reflexiones que las del instinto, y si se somete á ellas con gusto, es para tiranizarlas en seguida — como el

hombre que, adorando á una mujer, la hace sufrir con objeto de aumentar de un modo perverso su propio goce.

Mauclair, al contrario, lo examina todo con un lente filosófico, y antes de confundirse con una idea, la mide, la pesa, la descompone, la hace pasar por varios tamices y no le concede cartas de naturalización cerebral sino después de haberla arreglado á su antojo, empequeñeciéndola ó agrandándola, dándole brillo ó quitándole luz, matándola, en fin, para prestarle una vida nueva. — Más que un imaginativo, es un reflexionador; más que un estético, es un ético; más que un poeta, es un retórico.

Yo considero sus versos como realizaciones elegantes de teorías sutiles; pero siempre prefiero los capítulos de *Eleusis* á las estrofas del *Concierto al Crepúsculo*.

***

Eleusis es un tratado curiosísimo de relojería intelectual. En sus páginas se encuentran estudios sobre el amor de sí mismo, sobre la psicología del misterio, sobre el simbolismo poético, sobre los juegos ideológicos, sobre las artes futuras y sobre el drama ideal. Leerlo es hacer un viaje á la « ciudad interior » en compañía de un cicerone elocuente y delicado.

Ved á ese cicerone recorrer todas las callejuelas de la Idea; vedle entrar en todos los templos del Sentimiento; vedle pasar del sol á la sombra y del frío al calor; vedle detenerse ante las puertas de las bibliotecas y ante las fachadas de las iglesias... Su

paso es siempre firme. Sus ojos no se fatigan nunca. Todo le inspira discursos llenos de flores poéticas. Todo le hace meditar en alta voz. Para responder á una pregunta de sus amigos curiosos, emplea varias horas.

Un viajero dice, señalando la figura silenciosa que corona un pórtico de mármol:

— ¿Qué es eso?

Y el cicerone contesta:

— Eso es la imagen de una divinidad eterna y bienhechora que se llama Símbolo y que concilia el método sintético y el método analítico. En los tiempos por venir se conocerá, gracias á su influencia, un arte de la ciencia y una ciencia del arte... El Símbolo hará admitir la utilidad de un poema en el mismo grado que la utilidad de un valor hipotético y futuro... Evidentemente, antes ha de ser necesario que la ciencia se divida en dos esfuerzos: uno industrial y otro especulativo — ambos perfectamente conciliables, en esencia. El arte no ha de sufrir por eso ninguna modificación, pues seguirá siendo, como hasta hoy, un aumento de sensibilidad... »

Otro viajero dice, refiriéndose á una estatua blanca y pura que inclina su rostro sobre el espejo de un arroyo:

— ¿Y ése?...

El poeta responde:

— Ése es Narciso, un hermano de Jesús... sí; yo los veo á ambos por encima de las edades, como grandes signos, esencias del milagro de la Encarnación, prometidos de la cosa ignorada ó dioses del